

CAPÍTULO IV

LOS INTERNOS: LA GENTE QUE VIVE DENTRO DE LA FUNDACIÓN

¡Qué bueno que viene a vernos!, no se olvide de los lonely hearts [...] (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Actividades diarias

Como se mencionó en el capítulo anterior, la institución proporciona un reglamento y diversas actividades que regulan la vida de los residentes, de las cuales participan en la mayoría. Pero al preguntarles qué es lo que hace en el día, ninguno mencionó los juegos de los martes y jueves, ni las fiestas de los días especiales organizadas por las “damas voluntarias”, ni la rehabilitación de los martes, ni el tai-chi de los lunes y viernes, ni la música terapia que se realizaba en ese tiempo. Estas fueron las respuestas: “Pues mira, el desayuno es a las ocho de la mañana, la comida a la una y la merienda a las cinco para los que están en silla de ruedas y ya el demás tiempo lo ocupo armando rompecabezas en la biblioteca” (Nacho, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005). Otro residente opinó: “Yo hago ejercicio durante el día y tomo la comida a mis horas y pues lo que rige la institución y ya.” (Roberto, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Estas dos personas encaminaron sus respuestas hacia las reglas y horarios institucionales. Dentro de la estructura temporal que les brinda la Fundación, también incluyeron sus actividades libres de las que se sienten orgullosos y que les toma tiempo y esfuerzo realizar, como lo son el ejercicio y el armar rompecabezas. Otros residentes también hablaron de las actividades que realizan por cuenta propia. Como el señor Enrique quien comentó: “Todo el día ando ocupado, me alisto para el día siguiente, en la mañana me preparo según me toque baño o no, desayuno, a las cuatro de la tarde me voy al Rosario, y hay Rosario todos los días. Así que siempre ando ocupado (Enrique, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005)”. Por su parte, la señora Hortensia dijo: “Me mantengo todo el día ocupada, como podrás ver [me señaló con la cara la ropa y los trastes de plástico apilados sobre su cama y sillón y comenzó a separarlos]. Y me levanto desde las siete de la mañana y todo el día estoy haciendo cosas”. (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Mediante la observación se pudo corroborar que en efecto estos residentes realizaban las actividades que mencionaron, también se les vio conversando con otros residentes y yendo a las actividades propuestas por la institución, a pesar de que no las mencionaron. Otros hablaron de actividades más cotidianas que casi todos realizan en algún momento de la semana aunque no todos hablaron de ello:

Isabel: Ay la verdad que yo soy muy floja, jajaja. Solamente leo, como y duermo. En el día sólo voy a desayunar a las ocho de la mañana, luego me pongo a leer, me duermo, como y me vuelvo a dormir. No hago nada más porque nací cansada.

E: ¿Les obligan a hacer alguna actividad?

Isabel: No, aquí no nos obligan a hacer ninguna actividad si uno quiere lo hace, si no, no (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Mmm cuando uno es joven tiene muchas expectativas, pero ahora sólo se conforma uno con zapatos, ropa y comida... Y hay personas que están peores que yo ¿verdad? Los que viven en la calle... Durante el día me gusta salir al jardín, leer y escribir para que no le olvide, porque yo aprendí el Francés, así

como aquí los educados aprenden el Inglés, en España se aprende el Francés [...] (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Durante la investigación no se les vio realizar todas las actividades de las que hablaron, aunque contaban con los medios para llevarlas a cabo, es decir, con revistas, libretas y bolígrafos. Otros no pensaron que alguna de sus actividades cotidianas fuera digna de mencionarse, y catalogaron a lo que hacen como “nada”.

Gonzalo: Pues nada...

E: Pero la Fundación les pone algunas actividades ¿verdad? Además de que vienen las “damas voluntarias” ¿participa usted con ellos?

Gonzalo: Yo fui bueno para trabajar con mis manos, pero no tengo otra cualidad, y aquí no hay otra cosa, por lo que no participo en las actividades del asilo (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Eso es lo que no me gusta, que no hay nada que hacer y me aburro. Yo estaba acostumbrado a hacer muchas cosas, de ir de aquí para allá, pero aquí no hay nada que hacer, aunque trato de ocupar mi tiempo en algo. Y pues me levanto, desayuno, escucho las noticias en un radiecito que tengo, platico con alguien, y me duerme un rato, así se me va el día (Roberto, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Otros internos declararon que no realizaban ninguna actividad por decisión propia o por malestar físico, como la señora Ana: “Yo no quiero hacer nada, ya no quiero nada. No hago nada, aquí no hay nada que hacer, además como estoy así [en silla de ruedas], menos puedo hacer.” O la señora María: “No. No participo en ninguna de las actividades porque todo me duele, ya no veo bien y ya no escucho bien, entonces ¿qué voy a hacer?” (residentes [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Los otros entrevistados eludieron la respuesta y prefirieron contar parte de su pasado, además que era difícil dirigir la entrevista debido a los problemas auditivos que presentaban.

El día de los residentes comienza a las 6:30 a.m., hora a la que son despertados. A los que serán bañados ese día, se les pide que preparen su ropa y permanezcan en ropa interior listos para cuando los llamen. Los demás tienen el

tiempo libre hasta las 8:00 a.m. hora en que es servido el desayuno en el comedor. Las personas que no pueden transportarse por sí solas, son llevadas al lobby previamente y, cuando están todos y es la hora de comer, entonces entran al comedor. Se sientan en diferentes áreas, dependiendo del pabellón al que pertenezcan. Después del desayuno, los ancianos tienen sus horas libres, salvo los que serán bañados y no alcanzaron a serlo antes del desayuno. De las 9:00 a las 10:00 a.m., no hay ninguna actividad programada por la administración ni tampoco es horario de visitas. A las 10:00 a.m. comienzan éste y dura hasta las 12:00 a.m., de lunes a viernes. Durante este lapso, trabajan las damas voluntarias, las damas libanesas, los jóvenes que envían las escuelas privadas, se llevan a cabo el tai-chi y la terapia. Es decir, toda la visita y actividades externas son concentradas por dos horas en la mañana de lunes a viernes. No se obliga a los residentes a participar.

Durante estas dos horas lunes, miércoles y viernes, es común ver a los residentes dentro de una rutina. Los que acostumbran caminar por el jardín, se les encontrará ahí, los que se sientan en las salas, estarán ahí, la mayoría de las veces sentados separados unos de otros sin platicar. Los que no salen de sus cuartos, podrán ser hallados en los mismos, los que acostumbran rezar, estarán rezando, los que leen o ven la televisión, se encontrarán realizando dichas actividades.

También se pueden ver a algunos residentes con sus visitas conversando en las salas, los jardines, o dentro de sus cuartos, lo cual está prohibido por el reglamento pero no es castigado ni impedido por nadie.

Los lunes y viernes se imparte el tai-chi y dura una hora, acuden menos de 15 residentes a esta actividad. Esta clase es tomada en la segunda sala, hacen ejercicios sentados en unas sillas formadas en círculo y son guiados por un instructor.

Los martes y jueves acuden alrededor de 20 residentes por la moneda y los dulces que las voluntarias les ofrecen. Se sientan en la segunda sala desde antes de la llegada de las voluntarias y conversan entre ellos animosamente. Es común ver una división de género entre la gente que platica, pues los hombres y las mujeres se saludan, pero no es común que una pareja se sienta junta por largos periodos o que lo hagan grupos mixtos, salvo los residentes del pabellón cinco dentro del comedor o durante el tai-chi y la rehabilitación comunal, al igual que durante los juegos de mesa organizados por las voluntarias.

No todos ellos permanecen para participar en los juegos de mesa. Después de la entrega del dinero, algunos compran en la tienda de las voluntarias, otros bajan a comprar en la máquina de refresco del jardín y hay otros que salen a las tiendas cercanas. Los demás se retiran de la sala y regresan a hacer las actividades individuales de su preferencia.

Si alguno de ellos recibe visita, prefiere platicar con la persona sobre todas las demás actividades. La mayoría de la gente entrevistada y algunos otros que no fueron incluidos en esta investigación, estaban dispuestos a hablar con cualquier extraño que se acercara e incluso le preguntaban que a quién buscaba y le informaban dónde se encontraba éste. Y si por algún motivo estaba indispuesto, ellos comenzaban la plática con el extraño, la conversación con los visitantes podría prolongarse aún después de que terminara el horario de visitas de la mañana, hasta por una hora, sin que nadie le llamara la atención ni a la visita ni al residente. Pero no podía seguir más allá de la 1:00 p.m. puesto que suena una chicharra anunciando la hora de la comida y todos los residentes que pueden desplazarse por sí mismos, deben acudir, los demás son trasladados por los empleados.

Una vez más se reúnen todos los residentes en el lobby, afuera del comedor y, cuando están todos, van pasando, sentándose según el pabellón en el que duerman. Incluso durante las festividades especiales, se sigue este sistema. Sólo que los discapacitados físicos comen antes que los demás residentes y cuando terminan, entonces ya pueden pasar los que faltan.

Después de la comida, muchos de los residentes toman una siesta, algunos empiezan a tener visitas antes del horario establecido. Las visitas pueden alargarse hasta las cinco. Aunque según la entrevista realizada a la madre Margarita, la institución recibía visitas fuera del horario:

Existe un reglamento en la administración y uno que se sigue dentro de la casa que hicimos nosotras. Los dos son estrictos, pero antes lo eran más, ahora se hacen más concesiones como que hay gente que llega a visitar a las ocho de la noche y los dejan entrar porque nos dicen que no tienen otra hora para ir... Cómo les vamos a decir que no si no pueden a otra hora. (Madre Margarita [FGP]. Apuntes de campo 2005).

A las 4:30 p.m. se imparte el Rosario diariamente en la segunda sala, aunque el horario puede variar por media hora. Desde los altavoces anuncian que se realizará y a través de ellos se escuchan las oraciones para que las sigan los que no puedan o no quieran ir a la sala. La madre Margarita es la encargada de dirigirlo y llegan a la sala no más de diez residentes a participar en él.

La cena es servida a las 4:30 p.m., primero a la gente en silla de ruedas. Esta comida se les sirve en los pabellones. Algunos residentes cenan en los corredores sobre unas mesas y otros lo hacen en sus cuartos. Los enfermeros y los afanadores ayudan dando los alimentos en la boca a los que no pueden hacerlo por sí mismos.

El resto de la tarde, los internos realizan las actividades que deseen, las cuales son las mismas que las intermedias entre comidas y horas de visitas. No

existe una hora determinada para ir a dormir, los entrevistados manifestaron que se duermen a diferentes horas, que fluctúan entre las 6:00 p.m. y las 10 p.m.

Los sábados no hay actividades organizadas por la institución que regulen el día, salvo los horarios de los alimentos. Supuestamente, tampoco están permitidas las visitas por reglamento, pero siempre las dejan entrar, siempre y cuando no interfieran con el horario de alimentos mencionado anteriormente.

La única actividad organizada por la Fundación durante el fin de semana, es la misa de los domingos a las 11:00 a.m. Ésta se realiza en la capilla de la planta baja, la asistencia es voluntaria.

Tampoco hay un horario institucional de visita durante los domingos, pero una vez más, el reglamento es flexible al respecto. Cabe mencionar que según la libreta de visitas, ningún día se registran más de quince visitas de familiares o amigos que no estén relacionados con la Fundación de alguna forma, ni siquiera los días feriados.

Existen días de fiesta, como ya se mencionó en el capítulo anterior, son organizados por las “damas voluntarias” con la colaboración y aprobación del patronato y la administración.

Estas festividades no se realizan en las fechas en que están registradas originalmente en el calendario, sino unos días antes a fin de que no coincidan con el fin de semana ni con el día original, puesto que los organizadores pasan esos días con sus propias familias.

Los residentes no están de acuerdo con este arreglo ni saben con suficiente anticipación el día en que se llevará a cabo la celebración, a muchos de ellos al

preguntársele sobre la celebración una semana antes, decían que no sabían o que aún no se les informaba:

E: ¿Disculpe, sabe cuándo se va a hacer la comida del día del abuelo?

Carmina: Mmm... No, y ahorita no están las religiosas para informarle, pero vaya allá abajo y pregunte por la señorita Irma [la administradora] seguramente allá le informarán (Carmina, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

E: ¿Usted sabe cuándo van a celebrar el día del abuelo?

Roberto: No, es que con eso de que cambian las fechas y no hacen la fiesta el día que cae, pues quien sabe, pero eso no me gusta, no debería ser ¿verdad? De por sí aquí uno no sabe que día es y luego nos celebran otro día, andamos mareados (Roberto, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La celebración más grande es la de las fiestas patrias la cual se realiza algunos días antes del 16 de septiembre. Incluye muchas veces comida especial, elección y coronación de la reina de las fiestas patrias, personificación de algún héroe de la independencia por parte de algún residente, la presencia de algún ballet folclórico y grupo o sonido para amenizar el baile.

Los residentes participan con gran entusiasmo en estas festividades. Su presencia no es obligatoria, sin embargo la mayoría de ellos asisten. Lo único que se les pide es que vistan traje o la ropa más elegante que tengan. También son bañados ese día por la mañana, de forma que estén lo más presentables posibles pues van a asistir a una fiesta. Esos días es común que haya visitas, tanto miembros del Patronato que normalmente no van, como familiares y amigos de los residentes y de los miembros de la Fundación.

La celebración de la fiesta de Navidad se llevó a cabo el 22 de diciembre y consistió en una comida diferente a la usual. Desde la mañana se veía a la mayoría de los residentes bien limpios y vestidos con trajes sin enmendaduras. No todos los

residentes estaban ataviados de tal forma, había algunos, la minoría, que vestían ropa formal pero remendada, como visten muchos de los residentes los demás días.

La casa estaba adornada por dentro y por fuera. En la fachada del edificio había una gran figura de Santa Claus en su trineo jalado por los renos. Dentro, había un nacimiento colocado a lo largo de las escaleras que comunican a la parte superior, donde duermen las monjas. Las salas y pasillos estaban adornados con coronas y ramas de pinos artificiales, también habían esferas y campanas. Estas últimas eran los adornos del comedor junto con los manteles con figuras de nochebuenas. En el lobby había un gran árbol de Navidad adornado con esferas.

Como es costumbre, primero comieron los discapacitados y después tocaba el turno de los demás. Algunos de los residentes no discapacitados esperaban ya en la salas y en el lobby y conversaban entre ellos.

Al terminar el primer grupo, pasaron los demás al comedor. El orden al sentarse era el mismo de siempre, según el pabellón salvo las monjas quienes esta vez se ubicaron entre ellos en las mismas mesas. En la parte del comedor que le corresponde a los residentes del pabellón cinco, estuvo la mesa de honor, presidiéndola estuvo el presidente del patronato, un sacerdote, la presidenta de “las damas voluntarias” y una de las religiosas en representación de la Madre Superiora la cual no asistió.

En ese mismo espacio del comedor también se encontró la mesa en la que comieron las damas voluntarias, éstas se sentaron juntas en una mesa larga y la compartieron con algunos de los residentes.



Figura 7. Miembros del voluntariado con algunos residentes (Fotografía tomada por la autora en diciembre de 2005).

Después que todos se ubicaron en sus lugares, los integrantes de la mesa de honor permanecieron de pie mientras el sacerdote decía una corta oración, acto seguido todos se sentaron e inició la comida.



Figura 8. Mesa de los residentes del pabellón cinco (Fotografía tomada por la autora en diciembre de 2005).

Los enfermeros y algunos de los camilleros-afanadores ayudaban y supervisaban a los residentes para que pudieran alimentarse correctamente. En el tiempo que duró la cena, no se vio que se sentaran junto a los asilados a comer. A pesar de ser un día especial, un espacio de celebración, tanto el voluntariado como los camilleros-afanadores y enfermeras vistieron el mismo uniforme de siempre.

Para la ocasión fue contratado un servicio de banquetes el cual incluyó la comida y meseros. Esa fue toda la celebración, pues después no hubo baile o invitados especiales como sucedió en otros años u otras festividades. Pero sí acudió el noticiero de Televisa Puebla representado por un periodista y un camarógrafo. Entrevistó a algunos de los residentes y nombró a su reportaje: “Los ancianos abandonados en el asilo representan la cara triste de la Navidad”.



Figura 9. Reportero de Televisa-Puebla entrevistando a residentes en la primera sala (Fotografía tomada por la autora en diciembre de 2005).

Durante esta celebración, sólo se vio a un anciano acompañado de su familia, sin embargo no fue una celebración triste, al contrario, ese tipo de actividades los saca de la indeseada rutina, como mencionó el señor Juan: “Más o menos, la única diferencia aquí entre un día y otro es el nombre. Lo demás es igual o casi igual,

porque por ejemplo el día de fiesta dan mejorcito de comer y en fin...” (Apuntes de campo 2005).



Figura 10. Familiares visitando a un residente el día de la celebración de Navidad (Fotografía tomada por la autora en diciembre de 2005).

Al escoger usar una ropa diferente al resto de los días y la forma de arreglarse, hablan de que esperan con gusto la celebración aunque no los visite la familia. Además que esos días reciben también regalos prácticos por parte de las damas libanesas o de las voluntarias como ropa o dinero lo cual no sucede todos los días.



Figura 11. Residentes del pabellón uno (Fotografía tomada por la autora en diciembre de 2005).

Adaptación

La forma de vida descrita anteriormente puede generar momentos agradables y momentos desagradables en los residentes. Lo que es seguro es que la llevarán hasta el fin de sus días si es que deciden o pueden quedarse viviendo en la Fundación hasta que llegue ese momento. Por lo que necesitaría llegar a un equilibrio entre las demandas externas y las internas que es lo que se llama adaptación (Piaget 1971:145).

Sin embargo este grupo de personas podría afrontar de forma distinta las situaciones a las que no estaban acostumbrados: la estructuración de su vida mediante reglas, espacios y horarios nuevos impuestos por otras personas para mantener el orden y funcionamiento de la institución.

Por lo que el proceso de adaptación a esta nueva situación podría estar condicionado por diferentes factores personales como lo son el lugar que ocupa en su familia de nacimiento, el tipo de trabajo que desempeñó a lo largo de su vida, su lugar de origen y los motivos y circunstancias por los que ingresó a la institución.

Una de las reglas para aceptar a una persona como residente en la Fundación Gabriel Pastor, es que tenga familia y que un miembro se presente a la administración, a los informes y firme como responsable del futuro residente, tanto de su conducta como de su situación económica. En siete de 14 entrevistas, los residentes no tuvieron hijos y en dos casos evadieron contestar la pregunta. De los que tienen hijos, sólo a dos les pagan ellos la residencia, uno costea sus gastos ayudado por un hermano y su exjefe, uno más no paga y el último no lo especificó.

Del resto, dos reciben ayuda de sobrinos, uno no pagan nada, dos costean sus propios gastos, de éstos últimos uno también recibe ayuda de los hijos de un amigo y seis no quisieron hablar del tema. Estos datos se encuentran en la siguiente tabla:

Figura 12. Relación entre sexo, hijos y encargado de pagar la cuota de la Fundación.

RESIDENTE	SEXO	HIJOS	PERSONA QUE PAGA LA MENSUALIDAD
Isabel	F	0	Sobrino
Ana	F	0	Ella misma
Gonzalo	M	1	Su ex jefe, su hermano
Aurelio	M	3	D
César	M	D	D
Roberto	M	0	Él mismo, hijos de sus amigos
Delfino	M	3	No paga
Nacho	M	3	Hijo
Marta	F	0	D
Juan	M	0	D
Enrique	M	D	D
Hortensia	M	0	D
María	F	D	Hijos
Mina	F	0	No paga

D* significa desconocido

Entre los entrevistados se encuentra una tendencia clara. Las personas que se presentaron como familiares responsables ante la Fundación, no fueron sus hijos, puesto que la mayoría no tuvieron. Así que la familia extendida jugó un papel importante como respaldo en el ingreso de los residentes. Sin embargo, la mayoría se mostró decepcionada por la gente y cantidad de visitas que reciben.

Aurelio: No, a mí no me visitan. Soy solo.

E: ¿Tuvo hijos?

Aurelio: Sí, imagínese señorita que fui agente viajero... Tuve tres hijos... Con diferentes mujeres. Pero no me viene a ver nadie (Aurelio, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

César: Sí fui casado.

E: ¿Tuvo hijos?

César: ...Uno es hombre, tuve varios hijos pero no con mi mujer.

E: ¿En dónde viven? ¿Lo vienen a visitar?

César: No, casi no me vienen a ver, uno quisiera que vinieran a verlo más seguido, pero casi no (César, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Estos dos residentes tuvieron hijos fuera del matrimonio y ninguno de ellos los va a visitar. Durante el tiempo que duró esta investigación, no se observó que recibieran a ningún visitante. Los que tuvieron hijos dentro del matrimonio también se quejan de que no reciben visitas:

Delfino: Yo tuve cuatro esposas y me divorcié de todas... tuve cuatro hijos, pero el mayor me lo mataron, ya no supe de él. Seguro cuando se fue al norte, ha de haber sido tratando de cruzar... ya no supe de él, ya nadie me dio razón...

E: ¿Tuvo usted más hijos?

Delfino: Sí otros dos.

E: ¿En dónde viven? ¿Lo vienen a visitar?

Delfino: No, viven en Puebla, en la ciudad, pero no vienen... Al grande yo creo que me lo mataron [...] (Delfino, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Nacho: Tengo tres hijos, dos mujeres y un varón, el hombre es el que me apoya con la mensualidad.

E: ¿Dónde viven sus hijos? ¿Lo vienen a ver?

Nacho: Los tres viven en Puebla y no, casi no vienen. Viven un poco lejos y luego tienen que trabajar... Me dieron este celular, mira. Ya me grabaron los números para que los llame cuando lo necesite.

E: Apenas pasó su cumpleaños ¿Cómo lo celebró?

Nacho: Pues hice lo mismo de todos los días, las monjas me felicitaron y una de mis hijas me mandó un mensaje al celular para felicitarme (Nacho, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

De estas dos personas, al segundo sí se pudo constatar que lo visitaron sus hijos al menos una vez, el día de su santo. El primero no recibió visitas. Algunos de los que no tuvieron hijos o que nunca se casaron, también expresaron que no hay gente que los vaya a visitar o incluso manifestaron sentirse abandonados:

...Soy de Monterrey, allá está mi familia, mis conocidos. ¿Cómo me van a venir a ver? Pero yo me mantengo todo el día ocupada, siempre hay algo que hacer y no me distraigo pensando en eso. Mira, este cuadro ¿parece una pintura verdad? Es una foto que tomó mi sobrino ¡Está bien bonito! Me lo dio él (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Mi familia era muy grande, fuimos muchos, muchos hermanos por aquí y por allá, tuve muchos tíos... Un hijo... Pero todos resultaron ser unos diablos, todos

fueron malos y para ahora hasta muchos se murieron. Y de los que quedan, porque sí han de quedar allá algunos... ya no conozco a los que quedan, a sus hijos, a nadie. Y los que quedan ya no me conocen tampoco, ni han de saber de mí, ya no ven que somos familia, así ¿quién me va a venir a ver? (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

No me casé porque el matrimonio es para compartir la abundancia y no la miseria. Así que no formé familia. Yo soy español, soy de Terragona, allá sí tengo familia pero no me visitan, sólo tomaron lo que me tocaba por parte de mis padres... Una vez me mandaron una carta, uno de mis sobrinos, que iba a venir pero a Cancún... ¿Y tú crees que me vino a ver? Yo sí les he escrito, pero nunca me contestan, ni siquiera para tomar el teléfono y marcarme, es caro ¿pero ni una sola vez? Sólo me viene a visitar un amigo doctor que vive en Cholula, pero él también ya está grande y ya no ha venido porque se le dificulta el viaje. De ahí no conozco a nadie, nadie me viene a ver (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Yo no recibo visitas. Mire soy soltera no me casé nunca y nunca tuve hijos... Mi familia no me visita... Cuando uno se vuelve viejo ya no le sirve para nada a la familia... Para nada. Se olvidan, se vuelve uno estorbo (Ana, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

No todos se quejaron de soledad o se inconformaron con la cantidad o frecuencia de visitas que recibían, hubieron algunos que estuvieron de acuerdo y otros que prefirieron no hablar al respecto.

Tuve cuatro hermanos, ya fallecieron dos y sólo viven dos pero el que me da dinero para la mensualidad [de la Fundación] y para lo que necesito de repente, es mi sobrino mayor, no está casado, fíjate, por eso es más fácil que me ayude. Y mira, yo tengo la suerte de que seguido vienen mis sobrinos y mis amigas. Gracias a la Divina Providencia me vienen a ver justo cuando ya no tengo dinero y luego llegan ¿y qué crees? Que me dejan dinero, me traen revistas, porque ya lo único que me entretiene es leer, porque yo soy muy floja [...] y entonces luego me dejan un billete adentro de la revista... ¡Ay! Y ya me bajo a comprar algo... y a veces hasta comida me traen y me llevan al doctor fuera de aquí [de la Fundación]. Como el otro día que me caí y se me hinchó mucho la pierna y no se me quitaba, entonces llegó mi sobrino y ya me llevó al doctor. Y el otro día... hace dos semanas, tenía un hambre... Y el desayuno no me llenó nada y veo y no tenía dinero y digo: Ay Diosito ¿ahora cómo le hago? Y gracias a la Divina Providencia, que llega Laurita, una amiga y veo y venía con unos tamales y atole... ¡Ay pues ya me llené! Y así cuando me vienen a ver. Fíjate, siempre me socorre la Divina Providencia (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

María: Sí me visitan, vienen mis hijos cada tres semanas, apenas vinieron el fin de semana pasado, y ahora faltan otras tres semanas para que regresen, pero sí

vienen a ver si tengo de todo. Y mientras aquí estoy. Ya todo me duele [...]
(Marta, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Si bien no existe una generalidad con respecto a la interacción de los familiares con los residentes, la observación realizada dentro de la Fundación, coincide con la percepción de los ancianos de que las visitas son en su mayoría escasas o inexistentes por parte de los familiares de los mismos. Existen visitantes que van a la Fundación varias veces en un mes e incluso se llevan a sus visitados para ir al doctor, en días festivos, vacaciones o fines de semana.

Figura 13. Los residentes y sus visitas.

RESIDENTE	SEXO	AÑOS DE RESIDENCIA	PERCEPCIÓN DE VISITAS
Isabel	F	2	Sí
Ana	F	5	No
Gonzalo	M	D	No
Aurelio	M	7	No
César	M	D	Pocas
Roberto	M	1	D
Delfino	M	11	No
Nacho	M	6	Pocas
Marta	F	6 meses	Sí
Juan	M	D	No
Enrique	M	3	D
Hortensia	M	14	No
María	F	1	Sí
Mina	F	14	No

D* significa desconocido

Debido a que la muestra no tiene igual número de hombres y mujeres, no se puede hacer un sesgo por género que refleje una tendencia confiable dentro del grupo, sin embargo, tomándolos a todos como un conjunto, se puede ver una tendencia a recibir pocas visitas o no recibir ninguna entre más años tenga el residente viviendo en la Fundación.

La mayoría de los residentes no desempeñaron el rol de padres antes de ingresar a la Fundación, casi la mitad ocuparon el papel de cónyuges y, de ellos, la mayoría ostentan el estado civil de viudo o viuda. Ni el género, ni el estado civil, ni si fueron padres o no, ni el tiempo que han pasado dentro de la Fundación Gabriel Pastor, parecen afectar la percepción que tienen sobre la familia en general.

La palabra familia tiene múltiples significados, en este caso, la definición más cercana a la concepción de los residentes es el conjunto de personas que forman o alguna vez formaron parte de una unidad doméstica, individuos mayormente consanguíneos con quienes convivieron y comparten o compartieron derechos y obligaciones (Selby et al. 1990:89).

A pesar que algunos relatos anteriores cuentan historias de abandono familiar, sobre todo los que hablaron de sus hijos que a pesar de vivir en Puebla no los visitan, o la señora Ana quien explícitamente manifestó: “Mi familia no me visita... Cuando uno se vuelve viejo ya no le sirve para nada a la familia... Para nada, se olvidan, se vuelve uno estorbo” (Ana, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005). Sin embargo, se siguen refiriendo a estas personas como sus hijos, hermanos, sobrinos o familia como un término general. Cuando hablan de los demás residentes, usan los términos viejito (a), compañero (a), amigo (a), señor (a), niña o señorita.

Gracias a Dios yo me llevo bien con mi compañero, ya llevamos aquí años, nos llevamos muy bien, él también es muy correcto, nos llevamos muy bien, porque hay algunos que se pelean y discuten, pero nosotros no, y con los demás tampoco. Hay algunos que son muy difíciles, yo creo que tienen esa enfermedad mental que se llama demencia senil, ya por la edad [...] (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El primer día que llegué andaba bien perdida, de por sí soy medio distraída y luego que aquí hay rampas para acá y para allá y pasillos y ya me había perdido. Me había dicho la administradora que estaba terminantemente

prohibido ir al pabellón de los hombres... Mira, quién sabe de qué me vio cara jajaja... Y no resulta que me pierdo y voy a dar al pabellón de los hombres... Y ahí veo un viejito que me está haciendo con el dedo así [levanta su dedo índice haciendo un ademán de que se acercara] ¡Ay! Jesús, María y José, ya no sabía para donde correr (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2006).

Ha de hacer un año que estoy aquí, gracias a Dios mis hijos me visitan cada tres semanas, no puedo hacer nada porque me duele todo, ya no puedo hacer nada más que quedarme sentada o ir a platicar con mi amiga que vive en ese cuarto (María, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Hortensia ¿conoces a la señora Delia? Pobrecita, ella les dio a sus hijos lo que tenía... Eso que dicen que se hereda en vida... ya no quieren pagarle lo que hay que dar aquí ¡Ay pobrecita! Si no le pagan la sacan... ¿Para dónde va a ir? (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Estos son fragmentos de entrevistas en los que usaron los términos citados anteriormente, por lo menos al hablar conmigo siempre usaron esas palabras para referirse a sus compañeros. Por lo menos, desde un punto de vista puramente lingüístico, no usan términos que evoquen parentesco entre los residentes. Si llega a haber familiares, entonces sí los presentan como tales. Cuando se les pregunta sobre su familia o quién es su familia, siempre se refirieron a la consanguínea o política que en casi todos los casos se encontraba fuera de la Fundación.

Cuando se les preguntó sobre los amigos que habían hecho dentro de la institución, manifestaron que tenían uno o dos, aunque gustaban de conversar y participar en juegos de mesa con otros residentes, pero no los llamaron sus amigos.

El siguiente es un fragmento de una entrevista en la que se trata el tema:

Todos los días me salgo a dar la vuelta al parque [el patio de la Fundación], le doy una vuelta y ya me voy a comer, ya hice hambre. O si salgo en la tarde ya me regreso a dormir... aquí no hay nada que hacer... Bueno, sí voy a eso que dices del tai-chi y la rehabilitación, pero aquí la gente es muy rara, se portan muy raro, no se pueden hacer amigos, son raros (Marta, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Cabe resaltar que a esta residente se le conoció cuando tenía apenas un mes de haber entrado a la Fundación y pertenece al pabellón cinco, es decir, tiene un cuarto individual. Después de ocho meses dentro del Gabriel Pastor, seguía manifestando lo mismo sobre sus compañeros.

La observación confirmó que los internos conversan entre ellos, especialmente los martes y jueves cuando están esperando a las “damas voluntarias”. También platicaban con algunas monjas, algunos investigadores esporádicos y con las visitas dirigidos especialmente a ellos. Pero la mayoría del tiempo observado, cada quien se ocupa de sus propios asuntos, reza, lee, duerme, camina, pasea o se queda sentado por el patio en solitario. Es más evidente esta situación con la gente que se encuentra en silla de ruedas.

En el pabellón dos, las enfermeras y camilleros-afanadores amarran las sillas al barandal del pasillo, para evitar que se vayan para otro lado, especialmente si les toca baño y tienen que esperar su turno. No pueden ir a ningún lado, ni siquiera al baño aunque lo pidan, pues tienen pañal y sólo los camilleros-afanadores hombres, las aguantan para levantarlas. Así que se ven mujeres en silla de ruedas en ambos lados del pasillo como si no pudieran hablar, moverse, ver ni escuchar. No conversan entre ellas, ni se miran siquiera, pero si pasa alguien y las saluda, algunas responden el saludo.

Estas mujeres en dicha situación coercitiva y cotidiana no dejan de lado el intento de satisfacer su voluntad. Cuando alguien se acercaba caminando por el pasillo, no importando quien fuera, algunas llamaban a la persona y le pedían que las llevara al baño o les diera un vaso con agua. Así que el silencio en el pasillo podría ser interpretado como un acto de resistencia a una situación de opresión (Ver Scott

2000), pero dado a que aún bajo esas circunstancias, intentaban aliviar otras necesidades, es posible que no hablaran entre ellas, simplemente porque no lo deseaban.

Así que a pesar de compartir derechos y obligaciones dentro de la institución, no parecen encontrar dentro de la Fundación una nueva familia. Su noción de familia sigue siendo la consanguínea. Y si bien conviven con los residentes y hasta forman amistades, no se tienen mucha confianza, en el sentido de que no hay gente que se vea todo el tiempo junta o que se unan para pedir o protestar por algo. No se formaron nuevos matrimonios o parejas (por lo menos durante la duración de la observación) y si no pueden llevarse bien, simplemente se ignoran, lo cual sucede incluso entre compañeros de cuarto.

La noción de casa es diferente. Los residentes sienten que los cuartos son sus dominios, a pesar de que las monjas y la gente de la administración tienen llave de la puerta y puede entrar en ellos en el momento que lo crea necesario. También las enfermeras, doctores, practicantes de enfermería, servicio social y camilleros-afanadores entran en ellos para cumplir con sus labores, pero todos, generalmente tocan la puerta antes de entrar. La única llave que poseen únicamente los residentes, es la del armario de cada cuarto. Aún así, los residentes invitan a sus visitas a sus cuartos, aunque esto esté prohibido.

En muchas de las casas mexicanas, se encuentran altares domésticos por que se cree, que las protegen (Selby et al. 1990:87). Esta práctica se puede observar en las habitaciones de la Fundación. En todos ellos se pueden ver imágenes religiosas y, en casi todos, fotografías de familiares. Ambas imágenes fueron llevadas por los propios residentes y las colocaron donde quisieron, ciertas veces, con la autorización

de la administradora y con la ayuda de los camilleros-afanadores. Algunos de los cuartos cuentan también con muebles propios de los residentes que pudieron conservar y por supuesto, todas sus otras pertenencias son guardadas ahí. No pueden hacer cambios como pintar o tapizar las paredes, poner lámparas diferentes en los cuartos o alfombras, ni tenerlo sucio, demasiado desordenado o con tantas cosas que no se puedan guardar en los muebles o impidan la movilidad dentro del cuarto. Una de las residentes se refirió así de su habitación:

Ya sabes, cuando quieras ven a verme y nos tomamos un cafecito, ya me trajeron la cafetera y te puedo preparar uno, yo no puedo tomar mucho... pero bueno, mi casa es la del número 11, la que está al fondo, del pasillo... 5 por allá ¿ya sabes, verdad? Así que cuando quieras vienes y vamos a platicar un ratito a la casa, eh (Marta, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Selby y otros (1990:87) sostienen que la noción de casa ha sido sustituida por la de familia. En este caso no parece aplicar tal cosa. Los residentes reconocen que tienen derecho sobre ciertos espacios de la institución. Tienen claro que no tienen acceso a otros dentro de la misma, como los pabellones de los sexos contrarios, el piso de las monjas, los pabellones deshabitados, la bodega, cuarto de máquinas y parte trasera del patio. Y no van a ellos a menos que sea por error, y casi nunca ocurre. Personalizan sus espacios, hasta donde les es posible, se refieren a ellos con adjetivos posesivos e invitan a entrar a quienes quieren. Pero el vocabulario y la interacción con los demás residentes no indican que los vean como familiares en el sentido descrito anteriormente.

Pero los residentes no son tampoco indiferentes con todos sus compañeros. Una vez le fue llevado a uno de los residentes una caja de pañuelos faciales, e inmediatamente preguntó si no había más para su compañero de cuarto. Otro día le

fue llevada una taza y preguntó si no le podría llevar otra taza para el mismo. A estos compañeros no se les suele ver conversando. Ni siquiera encontrarse sentados juntos, sin embargo se tienen ciertas consideraciones. En otra ocasión una de las residentes pidió que se visitara a otro residente, porque dijo que no tenía a nadie y no había quien lo viera y lo había encontrado muy deprimido. Se debe reconocer que estas manifestaciones no se expresaron por todos los entrevistados, ni fueron la regla en quienes sí las mostraron. Fueron contadas y cada persona las dirigió a otra en particular.

Los residentes desempeñaron diferentes trabajos entre sí. La forma y circunstancias del ingreso a la institución también fueron variadas. En seguida se presentan fragmentos de las entrevistas en las que los internos hablan de estos hechos y después se hace un análisis sobre el impacto que tuvieron dichos acontecimientos en el proceso de adaptación.

E: ¿Cuánto tiempo tiene viviendo aquí?

Isabel: Mmm... Ya casi dos años, ¡qué rápido se va el tiempo! ¿Qué más quieres saber? Pregunta lo que quieras.

E: ¿En dónde nació?

Isabel: Ah mira, yo soy oaxaqueña, allá nací pero mi familia se vino para acá cuando era pequeña.

E: ¿A qué se dedicaba?

Isabel: Mira, tuve la dicha de tener unos padres que me apoyaron en todo lo que quise. Yo quise ser contadora, pero aprendí con un maestro particular porque en mis tiempos no era tan fácil que dejaran a una señorita que estudiara, mis papás ¡qué me iban a dejar ir a estudiar! No, no me dejaron, pero sí me pagaron un maestro particular, porque tuve la dicha de que me apoyaran mis papás, a otras no las dejaban estudiar nada.

E: Ah qué bueno que te apoyaron para hacer lo que querías. ¿También trabajaste?

Isabel: Sí para dos empresas. En una había puros hombres ¡Ay Virgencita de Guadalupe! y pues ni modo, había que trabajar y, luego de esa, trabajé en una donde había puras mujeres, mira cómo son las cosas. Gracias a la Divina Providencia me pude adaptar a los dos ambientes...

E: ¿Tu entraste a la Fundación o te trajeron?

Isabel: Yo entré (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Isabel es optimista y así enfrenta los cambios según como se le han ido presentando a lo largo de su vida. Nunca se casó ni tuvo hijos, fue una persona independiente con estudios superiores y ejerció. Siempre hacía referencia a su fe en la religión para poder superar los obstáculos y era común verla rezar. Ella está inconforme con algunas situaciones dentro de la institución, pero cree que es mejor vivir ahí que en cualquier otro lugar. Al parecer las reglas le han ayudado a configurar sus horarios, los cuales intenta transgredir cada vez que puede. Sin embargo la facilidad de adaptación, de usar las reglas a su beneficio y de representar el rol asignado parece venirle desde antes de entrar a la Fundación. Es por lo anterior que la adaptación de la señora Isabel entra en la clasificación de Goffman (1990:188-189) como secundaria, pues conoce las reglas y sabe lo que se espera de ella. Más específicamente coincide con el tipo denominado oportunista de Wilson (1968:148) pues utiliza a la institución para conseguir sus propios fines.

E: ¿De dónde es usted?

Ana: De aquí [ciudad de Puebla].

E: ¿Usted entró a la Fundación o la trajeron?

Ana: Yo me metí sola.

E: ¿Por qué?

Ana: Porque trabajé toda mi vida y ya no quería hacer nada.

E: ¿En qué trabajó?

Ana: Yo fui costurera, ayudante de un sastre, hacíamos buena ropa (Ana, residente. [FGP] Apuntes de campo 2005).

La señora Ana, tampoco se casó ni tuvo hijos, después de un tiempo se enfermó de neumonía y también comenzó a usar silla de ruedas. Ella a diferencia de la señora Isabel mostraba mucho malestar por el abandono de su familia. Ella tuvo una educación técnica y manifestaba orgullosa que durante su juventud pudo realizar varios viajes dentro del país, todos de los que habló fueron de peregrinaciones: a San

Miguel del Milagro, al Cristo Rey en el cerro del Cubilete, a la Basílica de Guadalupe y a la Virgen de Juquila. La adaptación de la señora Ana consistió en ajustarse al rol de enfermo, decayendo cada vez más y volviéndose más dependiente, hasta que finalmente falleció.

E: ¿En dónde nació?

Gonzalo: En Orizaba, Veracruz

E: ¿A qué se dedicaba antes de venir aquí?

Gonzalo: Fui bueno con mis manos, gracias a Dios. Hice de carpintero muchos años, después me metí a mecánico, mecánico de camiones y ya a eso me dediqué hasta que ya estuve aquí.

E: ¿Usted quiso venir o lo trajeron?

Gonzalo: Me trajo el que era mi jefe donde trabajé como mecánico de los camiones. Cuando vio que ya no podía mejor me trajo. Gracias a Dios él y mi hermano pagan aquí (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Gonzalo fue una persona que no recibió educación superior ni técnica. No tuvo una vivienda propia, ni se casó, aunque sí tuvo un hijo. Es una persona que hablaba orgullosamente sobre sus viajes, mencionando que incluso pudo ir al extranjero. Actualmente camina con ayuda de una andadera y recibe diálisis. Se mostró arrepentido de no haber podido ahorrar lo suficiente para tener una casa propia, pero también agradecido de poder vivir en el Gabriel Pastor. Definitivamente es una persona que necesita cuidados para sobrevivir, y él lo sabe. No se pudo obtener el dato de cuánto tiempo lleva dentro de esta institución, sin embargo, según la observación, es una persona que está decayendo físicamente y que no recibe visitas, pero que se refugia en su fe para continuar con su vida en el asilo. Durante la entrevista mencionó: "... Ya estoy mal, pero Dios sabe hasta cuando nos va a llamar. Si no me he ido es porque todavía me quiere por aquí ¿no?" (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

E: ¿En dónde nació?

Aurelio: Aquí, en Puebla, pero viajé mucho, mucho, por toda la República.

E: Ah ¡Qué bueno! ¿Fue por el trabajo o por gusto?

Aurelio: Fui agente de seguros contra incendios, agente viajero y con eso fui de aquí por allá y conocí muchas mujeres, yo llegaba y ellas me abrían la puerta, pues uno es hombre (Aurelio, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Aurelio nunca se casó, aunque sí tuvo hijos. Pero desde antes de entrar a la Fundación no tenía contacto con ellos. Vivía solo y disfrutaba viajar constantemente. Lleva siete años en el Gabriel Pastor, ya no ve bien ni escucha bien, aunque no tiene problemas para desplazarse. Está muy en desacuerdo con la división de género en el asilo, pero no ve otra salida más que aceptar esta regla. También habló mucho sobre la Biblia durante las entrevistas, la conoce y le gusta leerla. Sabe que necesita cuidados y al igual que muchos otros entrevistados, cambió la movilidad, cierta independencia y privacidad por la seguridad de un lugar en el que si sufre un accidente o enfermedad, podrán atenderlo o llamar a su responsable para que se haga cargo de él.

E: ¿En dónde nació?

César: En Tuxpan, Veracruz. Llegué a Puebla de 10 u 11 años disque pa' estudiar, me vine con mi madrina, pero mira, nada de estudios, me tuvo como sirviente, nada de educación, puro trabajar...

E: ¿A qué se dedicó después?

César: Chofer, siempre me dediqué a chofer, todavía hasta antes de venir era chofer particular.

E: ¿Cómo fue que llegó aquí?

César: Yo me metí (César, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor César no terminó la educación básica, pero siempre estuvo trabajando, estuvo casado y tuvo hijos fuera del matrimonio, desde que se internó su salud ha ido menguando. Ahora, para desplazarse, camina ayudado, a veces por una silla de ruedas y otras veces por una andadera. Padece incontinencia y no escucha bien. Sin embargo manifiesta que está contento en la institución y se le puede ver frecuentemente caminando por la Fundación.

E: ¿En dónde nació?

Roberto: Aquí, pero bueno, antes esto eran las afueras de la ciudad. Mis padres fueron de la colonia española y esto ya estaba muy lejos [...] mi padre era sastre y por él conocí a mucha gente de dinero, pero no vayas a creer que yo tengo. No, yo los conozco por mis padres y porque luego estudié en el Oriente. ¿Ya conociste al señor Bernardo? Él y yo fuimos compañeros en el Oriente...

E: ¿A qué se dedicó?

Roberto: Siempre estuve trabajando en los textiles, sé de eso, hasta el otro día vino una señorita, de la universidad, creo que de la Universidad de las Américas, tal vez hasta la conoces. Vino a hacerme preguntas del trabajo que hacía en los textiles [...] trabajé ahí hasta que cambió la administración y me despidieron.

E: ¿Usted quiso entrar a la Fundación o lo trajeron?

Roberto: Yo me metí. Te digo que Bernardo y yo fuimos compañeros en el Oriente y luego cuando ya trabajaba le daba donaciones a la Fundación. Cuando me quedé sin trabajo, ya pensé en venir y como estuve dando donativos por varios años, pago menos de la mensualidad (Roberto, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Roberto rentaba un departamento en donde vivía solo, tenía auto propio, no se casó ni tuvo hijos. Se siente muy orgulloso de la gente a la que conoce y del trabajo que desempeñó. Según las etapas de adaptación de Goffman (1990:188-189), el señor Roberto se encuentra en la primera, pues está conociendo las reglas, castigos e incentivos institucionales y lo que se espera de él. Se encontró con un primer impedimento, a pesar de haber estado gran parte de su vida relacionado con la Fundación, no se imaginaba que el vivir dentro de ella iba a ser diferente a lo que se imaginaba, pues se queja sobre todo de aburrimiento. Puede ser que aún no descubra la forma de aprovechar las reglas o infringirlas para no sentirse de esa forma.

E: ¿De dónde es?

Delfino: De Santa Cruz, Tlaxcala.

E: ¿Usted se metió solo o lo trajeron?

Delfino: Yo solo.

E: ¿A qué se dedicaba antes de venir aquí?

Delfino: Fui jardinero de la SEP, 40 años. Me dieron un reconocimiento por los años trabajado (Delfino, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Delfino tiene 11 años viviendo en un asilo, él mismo se internó, aunque no paga nada porque fue transferido desde uno de gobierno. A través de los años fue decayendo su salud y al momento de la entrevista era incontinente, no veía bien, no escuchaba bien y se desplazaba en silla de ruedas, era evidente que necesitaba cuidados que no se podía brindar él mismo. Se veía muy acostumbrado a la rutina de la institución, a pesar de estar enojado porque alguien le había robado recientemente. Él se encontraba en la segunda etapa de adaptación propuesta por Goffman (1990: 188-189), puesto que conocía bien las reglas institucionales y lo que se esperaba de él, y a su vez, él sabía utilizarlas para conseguir lo que deseara, claro, dentro de lo posible dentro de una institución total.

E: ¿En dónde nació?

Nacho: En Puebla.

E: ¿Usted quiso venir o lo trajeron?

Nacho: Yo me interné porque vivía con una de mis hijas, pero nos llevábamos muy mal. Tuvimos muchas peleas y en la última me lanzó un golpe y me tiró y mira como ando desde entonces. Tengo que usar la andadera porque tengo una deformación en la cadera, y con el golpe se me quebró y ya no quedó bien.

E: ¿En qué trabajaba antes?

Nacho: Tuve muchos empleos. Como comerciante, vendedor de puerta en puerta, en Ranver en el Toreo de cuatro caminos, en Volkswagen, muchos. Siempre estuve ocupado (Nacho, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Nacho vivía acompañado y estaba acostumbrado a trabajar. Antes de entrar al asilo tuvo muchos problemas con la hija con la que vivía. Expresó que al principio se sintió muy mal, muy triste pensando en que no lo iban a ver y las peleas que había tenido con su familia. Pero él mismo encontró algo que hacer y desde entonces se dedicó a armar rompecabezas, según dijo, para mantener su mente ocupada. Así que la mayor parte del tiempo se le puede encontrar en la biblioteca con los rompecabezas. Con el señor Nacho se puede ver de forma más clara el

mecanismo de equilibrio del que habla Piaget (1971:145), en el que frente a circunstancias adversas se cambia el comportamiento para restablecer el orden. Dentro de la tipología de Wilson (1968:148) era un oportunista pues aunque sus objetivos no coincidían con los de la institución, sabía como obtener lo que quería.

E: ¿En dónde nació?

Marta: En Xalapa, pero desde muy chica me llevaron mis papás al Distrito, pero ya no me gusta nada, se ha puesto muy feo. Aquí es diferente, como el Distrito cuando era niña, más tranquilo...

E: ¿Usted quiso venir?

Marta: Sí, anduve buscando en varios lugares, pero el Distrito ya se puso muy feo [...]. Aquí me dijeron que era bueno, aquí en Puebla viven mis sobrinas y ya me vine, pero no me gusta...

E: ¿A qué se dedicó antes de entrar?

Marta: Yo trabajaba, me pagaba mis cosas, mis viajes. Tuve varios empleos, fui costurera, hacía vestidos y los vendía... yo me encargué de mis papás. Primero de mi papá cuando se enfermó, yo lo cuidé, aunque se oiga mal él era mi favorito, mi mamá no. Después la cuidé a ella (Marta, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La señora Marta se encuentra en la primera etapa de la adaptación según Goffman (1990: 188-189). Fue la persona entrevistada que tenía menos tiempo viviendo en la Fundación y se notaba su disgusto sobre varias reglas, especialmente las que le impedían salir sin acompañante de la institución, incluso la restricción de pasar por ciertas áreas en las que no había carteles o avisos específicos que lo indicaran.

E: ¿En dónde nació?

Juan: Yo soy de Terragona, España. Primero fui a Cuba, pero allá hace mucho calor, es insoportable, no me fue bien en los negocios y de ahí me vine a México el 14 de marzo de 1944. Pero me fue muy mal en los negocios. Uno creería que por ser todos españoles iban a respetar, pero no, ellos fueron los que me quitaron todo...

E: ¿Cómo llegó a la Fundación?

Juan: Me llevó el administrador de un hotel donde trabajé antes, pero a uno en Martínez de la Torre, pero era muy feo, con cuartos largos llenos de camas donde no se podía dormir y con mala comida. Francamente salí a gusto de ahí [...] aquí hay que pagar. Yo pago, no, porque no tengo nada. Paga la

Beneficencia Española. A partir de los 79 años sostienen a la gente que es pobre y a mí me pagan así.

E: ¿En qué trabajaba antes?

Juan: Yo entiendo de campo, estuve trabajando en un rancho en la sierra, allá por Zacapoaxtla, pero no me pagaban... tanto trabajo por un plato de frijoles... En el que duré más fue en un hotel en Veracruz, trabajé 12 años en la administración hasta que el dueño me llevó al asilo (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

El señor Juan conoce como funciona la Fundación y como funcionan otros asilos. A pesar de ser una persona acostumbrada al trabajo, aceptó el tener que vivir en un hogar para ancianos. No se casó, no tuvo hijos ni tiene propiedades. Se siente agradecido de tener techo, comida y ropa. Pero se sigue quejando cuando algo no le parece, aunque no lo hace directamente con el responsable

E: ¿En dónde nació?

Enrique: En Puebla.

E: ¿Usted vino o lo trajeron?

Enrique: Me trajeron.

E: ¿A qué se dedicaba antes?

Enrique: A comerciante (Enrique, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

No se tuvo la oportunidad de entrevistar más de una vez a este residente, pues a pesar de estar en silla de ruedas, siempre estaba ocupado. Tiene tres años en la Fundación y ya se encontraba en la segunda etapa de la adaptación planteada por Goffman (1990: 188-189). No se notaba depresivo ni triste, sino conciente de que necesitaba atención y de que ahora tenía una nueva forma de vida.

E: ¿De dónde es usted?

Hortensia: De Monterrey

E: ¿Por qué vino a Puebla?

Hortensia: Vine hace 14 años para meterme en este asilo.

E: ¿Por qué decidió meterse aquí?

Hortensia: Mira, yo fui casada desde muy joven, no tuve hijos y siempre fui ama de casa. ¿Qué más podía hacer una mujer como yo? (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La señora Hortensia es una mujer que fue esposa y ama de casa, a pesar de no estar acostumbrada a hacer el quehacer por sí misma, se pasa todo el día ocupada dentro de la institución. Mucho de este tiempo lo emplea ordenando y clasificando sus pertenencias. No recibe visitas. Podría pensarse que la transición fue fácil para ella, pero al hablar del tema, se notaba decepción y amargura cuando dijo que había llegado a Puebla a meterse en ese asilo. Tiene 76 años, por lo que es más joven que muchos de los entrevistados. Lleva 14 años internada, pero tiene mayor lucidez, movilidad y agudeza visual y acústica que muchos de los entrevistados. Por lo que se nota que la larga estadía no le ha provocado deterioro físico severo, como se vio en otros entrevistados. Su tipo de adaptación es secundaria según Goffman (1990:145) y corresponde a la oportunista de Wilson (1968:148) pues conoce las reglas institucionales y lo que se espera de ella, sabe que en algún momento será casi totalmente dependiente, pero mientras ese tiempo no llegue, continúa usando a la institución para su propio beneficio.

E: ¿De dónde es usted?

María: De Españita, Tlaxcala.

E: ¿Cómo llegó acá?

María: Tuve puros hijos varones, ellos no se pueden encargar de mí, así que me trajeron (María, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La señora María lleva un año en la institución, pero no se siente a gusto, sin embargo sabe que vivir ahí es la mejor opción pues por tradición los hijos varones no se hacen cargo de sus madres, pero por lo menos le consiguieron donde vivir y se lo pagan. Aún se está familiarizando con las conductas deseadas e indeseadas dentro de este lugar, por lo que su adaptación corresponde a la primaria según Goffman (1990:145).

E: ¿De dónde es?

Mina: De Puebla.

E: ¿Cómo es que llegó acá?

Mina: Soy viuda. Cuando mi esposo murió fui a ver a mi confesor y me dijo: Mi qué vas a hacer tú sola, no tienes hijos, ya no tienes esposo. Vende todas tus cosas y vete al Gabriel Pastor [...].

E: ¿A qué se dedicaba antes?

Mina: Fui secretaria legal (Mina, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La señora Mina ha ido decayendo físicamente, actualmente utiliza una silla de ruedas, según dice, porque alguien dentro de la institución la golpeó. También padece artritis por lo que no puede mover su propia silla de ruedas, incluso le cuesta mucho trabajo sostener cualquier objeto. Ella se encuentra en la segunda etapa de la adaptación según Goffman (1990:145) ya que conoce bien las reglas y el comportamiento que debe mostrar frente a las autoridades, pero también sabe muy bien como lograr sus objetivos dentro de la institución por lo que corresponde al oportunista de Wilson (1968:148). Su discapacidad física no es ningún impedimento.

En esta muestra se pudo observar claramente como la tipología de Goffman (1990:145) coincidía con los casos mencionados anteriormente. Pues se presentan dos momentos dentro de la adaptación a la institución: el primero donde se aprenden las reglas, castigos y comportamiento esperado y el segundo donde se tiene el conocimiento suficiente para intentar manipularlos o no. Sin embargo, la tipología de Wilson (1968:148) no se pudo ajustar perfectamente a los casos, pues está basada en los objetivos institucionales y en los del recluso. Los objetivos institucionales no son muy claros. La página de Internet de la Fundación Gabriel Pastor dice: “cuyo objeto de esta Fundación sería la creación y sostenimiento en esta Ciudad de Puebla, de una Casa-Hogar para ancianos desvalidos.” (www.fundaciongabrielpastor.org).

Difusamente mencionan en el mismo documento que: “se sienten orgullosos de que los ancianos a nuestro cuidado sean beneficiarios de atenciones que merecen de acuerdo a su dignidad de personas muy respetables”. Así que el tipo oportunista no fue tan difícil de identificar por encontrarse en medio y por resaltar de los demás, pero el co-operativo y el alienado podrían confundirse ya que los objetivos institucionales no son muy específicos cuando mencionan cuidado y ancianos desvalidos. Esta misma ambigüedad seguramente trajo ciertos conflictos en el proceso de adaptación, pues los residentes pueden saber algunas reglas desde el principio, pero no saben de inmediato qué tipo de comportamiento se espera de ellos.

Casi la mitad de los entrevistados nacieron en el Estado de Puebla, seis de ellos nunca se casaron, seis enviudaron, uno se divorció y no se pudo documentar el estado civil del último. Dos de las mujeres fueron amas de casa, el resto tuvieron uno o más trabajos fijos remunerados. Nueve de ellos se internaron en la institución por sí mismos, a dos de ellos los llevaron sus jefes, a otros dos los llevaron su familia y hay un caso en que no pudo ser documentada la forma de su ingreso.

Las personas que no vivían en la ciudad de Puebla, llegaron a la Fundación Gabriel Pastor debido a la reputación de la institución, esperando encontrar un lugar donde los cuidaran cuando ya no pudieran hacerlo por sí mismos y, de esa forma terminar su vejez tranquilamente. La tendencia más clara es que al quedarse sin cónyuge y/o sin forma de seguir ganando dinero, decidieron internarse en la Fundación pues no concibieron otra opción posible para continuar con su vida. Siguiendo una lógica biológica en que el cuerpo se va deteriorando y los ancianos necesitan atenciones extras (Rubinstein 1990:113).

Figura 14. Lugar de nacimiento, estado civil, trabajo y forma de ingreso al asilo.

RESIDENTE	EDAD	LUGAR DE NACIMIENTO	ESTADO CIVIL	TRABAJOS ANTERIORES	FORMA DE INGRESO
Isabel	83	Oaxaca, Oaxaca	Soltera	Contadora	Ella misma
Ana	83	Puebla, Puebla	Soltera	Costurera	Ella misma
Gonzalo	95	Orizaba, Veracruz	Viudo	Carpintero, mecánico	Su jefe
Aurelio	96	Puebla, Puebla	Soltero	Agente de seguros	D
César	96	Tuxpan, Veracruz	Viudo	Chofer	El mismo
Roberto	88	Puebla, Puebla	Soltero	Admin. de fábrica textil	El mismo
Delfino	105	Santa Cruz, Tlaxcala	Divorciado	Jardinero	El mismo
Nacho	69	Puebla, Puebla	Viudo	Comerciante, otros	El mismo
Marta	88	Xalapa, Veracruz	Soltera	Costurera	Ella misma
Juan	89	Terragona, España	Soltero	Administrador de hotel	Su jefe
Enrique	D	Puebla, Puebla	D	Comerciante	Su familia
Hortensia	76	Monterrey, Nuevo León	Viuda	Ama de casa	Ella misma
María	95	Españita, Tlaxcala	Viuda	Ama de casa	Sus hijos
Mina	94	Puebla, Puebla	Viuda	Secretaria legal	Ella misma

D* significa desconocido

Esto se puede observar mejor en los siguientes fragmentos de entrevistas en los que se les preguntó a los residentes: ¿Por qué está aquí?

Gracias a Dios estoy aquí, me dan de comer, tengo donde dormir, no tengo ninguna queja... Pero hubiera ahorrado más. Nunca ahorré suficiente para tener mi propia casita, era para que ahorita tuviera mi casita ¿verdad? (Gonzalo, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Al señor Gonzalo le hubiera gustado vivir en otro lado, de forma independiente. Cree que si hubiera ahorrado dinero podría estar en otro lugar. Sin

embargo se siente conforme con tener comida y un lugar seguro donde estar. El señor Delfino comentó: “No tengo otra opción, pues si no es aquí ¿Dónde?”. No recibe visitas, tiene 104 años y muchos problemas físicos. Sabe que no puede recibir la atención que necesita en ningún otro lado, y aunque no le agraden algunos de sus compañeros o se queje de robo y malos tratos, prefiere estar ahí porque está seguro que no tiene otra opción mejor.

La señora Marta tiene 87 años y aunque puede ver, oír y desplazarse por donde quiera, tiene alguna enfermedad que le impide recordar ciertos eventos, por lo que no la dejan salir de la Fundación sin compañía. Durante ocho meses se estuvo quejando de lo mismo, pero no abandonó la institución. La señora Marta vive en un cuarto individual, también usaba mejor ropa, maquillaje y joyas que otras residentes, se nota que tiene mayor poder adquisitivo que muchos, pero no tuvo hijos y los familiares que aún le quedan no parecen querer hacerse cargo de ella permanentemente. Ella comentó: “La comida es buena, de eso no me quejo... Aunque creo que ya bajé de peso, mira, yo tenía más carne jajaja... Pero lo que no me gusta es que no me dejan salir sola, alguien tiene que venir por mí, sino no me dejan salir. De haber sabido eso antes no me meto”.

El señor Juan conoce la vida en otro asilo, sabe que no tiene ni familiares en México ni medios económicos para vivir en otro lugar. La Beneficencia Española paga su estadía en el Gabriel Pastor y aunque se queje de algunos maltratos de las afanadoras, se siente seguro en un lugar que le da comida y techo y sabe que si no estuviera ahí, probablemente viviría en la calle. Así que no concibe otro lugar mejor para vivir.

Aquí estamos muy bien, dan buena comida, está uno seguro, dan ropa cuando uno la necesita, tenemos sólo un compañero por cuarto, porque estuve antes en otro asilo en Martínez de la Torre y no [...]. Hay gente que está peor ¿Verdad? Yo no tengo nada, todo lo perdí [...]. Hay gente sin nada que duerme en la calle, pobre gente (Juan, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

La señora Hortensia, es de las residentes más activas que viven en la Fundación, se maquilla y usa una peluca con cabello cano chino. Ella dijo al respecto:

Sí me gusta, dan de comer bien, no faltan las atenciones... Aunque aquí acostumbran la comida con mucho picante, yo no, eso no me gusta [...]. La gente mayor necesita atención, mírame, estoy fuerte, activa, pero va a llegar el momento en que ya no pueda ¿a dónde voy a ir? La gente mayor necesita atención y aquí me la dan (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Estas opiniones representan su sentir hacia la atención que reciben en la Fundación y la imposibilidad de vivir bajo circunstancias que ellos controlaran totalmente. También expresaron sus opiniones con respecto al personal y a la administración:

Mira nada más, pues me tengo que llevar bien con todos, porque si me llevo mal las enfermeras, todas se defienden juntas. Igual, si me llevo mal con las afanadoras, todas se defienden, hay que tener cuidado, las vemos todos los días de todas formas, no conviene hacerlas enojar (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Otras quejas frecuentes se referían a la comida, más no a las cocineras. Y a la administradora que les restringía las áreas de acceso dentro de la institución y hacía cumplir el reglamento, reprendiendo al infractor. Esta situación fue más fuerte cuando las monjas dejaron la institución y la administradora empezó a hacerse cargo personalmente de la vida dentro de la Fundación. Posteriormente contrataron a una señorita que vigilara el buen funcionamiento de la Fundación. Aún así la administradora siguió yendo a la parte residencial de la institución y a hacer valer el

reglamento. Las quejas por parte del personal y de los residentes, quienes ya tenían conformado una forma de trabajo cuando las monjas estaban a cargo, se mostraron inconformes.

Ay no, esto está patas arriba. El otro día vino mi amiga Laura, pero eran las dos, entonces veo que ya pasó la puerta y ya viene subiendo y la llama la administradora, que no podía pasar porque teníamos que comer... Si venía desde México y no tenía otra hora para verme. Pues no la dejó pasar, entonces que me meto muy molesta y me empieza a llamar: ¡Señora! ¡Señora! Y yo no le hice caso que me hago la loca, y ya que me alcanza y me dice: ¡señora le estoy hablando! Y le digo: Ay no creí que me hablara a mí, porque yo soy señorita. Y que me dice: a las personas de su edad se les llama señora. Así que señora, ya sabe que está prohibido recibir visitas fuera del horario, no se le olvide (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Existe un miedo constante a ser robado, no es raro ver a la gente que anda en silla de ruedas o andaderas con bolsas de plástico amarradas a las piezas de metal. Los internos expresaron que las afanadoras les quitaban comida, jabón, papel de baño, champú y dinero. Se sentían vulnerables ante la oportunidad de que se les quitaran las pocas pertenencias que tienen y aseguraban que ya les había ocurrido:

Ahora ¿puedes poner la botella allá atrás? Ajá, atrás del espejo, que no se vea. A ver cómo quedó, sí. Es que las mujeres que hacen la limpieza se roban cualquier cosa, cualquier cosa que quieren y luego si uno les reclaman le echan la culpa a todos menos a ellas, hasta pueden decir que tú tomaste las cosas, por eso vamos a esconderlas bien (Mina, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

¿Viste que tiene otra chapa la puerta [del armario]? La vino a poner mi sobrino. Porque mira, son bien uñas las afanadoras, aprovechan cuando nos vamos a comer, a esa hora que nadie se puede quedar en los cuartos, ellas entran a hacer la limpieza y desaparecen las cosas. Tienen chapa, pero la abren con un cuchillo, se abren muy fácil. El otro día tenía una caja de galletas ahí adentro [adentro del armario] y cuando regresé, ya no había nada, y todavía le dije a la afanadora: ¿qué ricas son las galletas verdad? Porque ni para reclamarles nada. Y luego ya le comenté a mi sobrino y mira, es un santo, vino y rápido que lo pone [otra chapa en el armario]. Y llega C [la afanadora] y me dice: ¡ay! Ya le pusieron otra chapa ¿de quién desconfía?... de nadie, pero hay que estar seguros (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Estas dos residentes saben que las cosas se les pierden, creen que son las afanadoras y por lo tanto hacen lo que tienen a su alcance para no ser despojadas de las pocas pertenencias que tienen, ya sean escondiendo o poniendo candados.

Además de robos de cosas para el aseo personal y comida, se dice que también el dinero es objeto de hurto. Los internos se molestan y tienen sus sospechosos, pero prefieren no delatar al culpable, ya que creen que les puede ir peor si los culpables son expuestos, pero no serán expulsados de la Fundación. El señor Delfino no dejaba de repetir durante la entrevista: “Yo vi quien fue... Ahí estaba el dinero, ahí lo dejé y nada más se metió... Y me lo quitó. Pero yo vi quien fue. Bien que se lo llevaron, no dejaron nada y bien rápido, rápido que se lo llevó, pero yo sé quien fue...”. La señora Hortensia también tocó el tema:

Hortensia: En este lugar roban, toman las cosas... Ya te lo habían dicho ¿verdad? Porque sí, a varios nos ha pasado.

E: ¿Pero quién hace eso? ¿Lo reportan?

Hortensia: Oye [se pone el dedo índice delante de los labios y baja la voz] sh, eso no se dice (Hortensia, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Sobre los robos, se pudo escuchar otra versión por parte de una camillera-afanadora y otra por parte de una de las monjas. La camillera limpiaba el suelo de una de las habitaciones, con el interno que la habitaba dentro de ella y después comenzó a acomodar algunos frascos por orden del interno: la residente ordenó: “vacíe esa botella en la otra verde y luego métala en el segundo cajón”. A lo que la afanadora respondió: “mire donde la pongo, no se le vaya a olvidar y luego vaya a decir que yo me la robé, eh”.

El otro incidente ocurrió una vez en una sala de la institución. La madre Margarita iba llevando a una señora en silla de ruedas, se puso a conversar conmigo, pero la señora se veía muy nerviosa:

E: La señora se ve un poco preocupada.

Madre Margarita: ¿Qué tienes?

Señora Laura: Se me olvidó cerrar mi cuarto, tengo que ir a cerrarlo.

Madre Margarita: Ah, se le olvidó cerrar su cuarto y tiene miedo de que le roben.

E: ¿Si roban?

Madre Margarita: Sí, entre ellos mismos [refiriéndose a los internos]. El otro día nos dimos cuenta que una de las que tomaba dinero es de las más ricas ¿vas a creer? Hasta a mí me robaron. No me acuerdo cuando el señor P. El que ayuda aquí, me dio a guardar el dinero que le acababan de pagar para que se lo guardara, y cuando me lo pidió, los buscó y ya me lo habían sacado de mi bolsa, que estaba adentro de la oficina [de las monjas] ¿vas a creer? ¡De mi bolsa adentro de la oficina! Pues así pasa. (Apuntes de campo 2005).

Existe un miedo constante de que sean despojados. Las cosas desaparecen, el dinero desaparece, algunos aseguran saber quien toma sus cosas, pero no se encontró a un solo residente que quisiera decir qué persona en específico había tomado sus cosas, ni los reportaron a la administración. No se supo de nadie a quien se le atrapara en el acto, solo conjeturas y suposiciones. Todos desconfían de todos, los residentes sienten temor, las monjas lo ven con indiferencia y, lo que es peor, desde el punto de vista de las camilleras-afanadoras, los mismos residentes olvidan lo que hacen con sus pertenencias y luego reclaman por ellas. Las cosas desaparecen, eso es un hecho. Pero no se sabe si las cosas son tomadas por maldad, necesidad o son malas pasadas de la memoria. El olvido es la excusa perfecta porque es factible ¿cómo refutarlo?

Cada persona afronta de forma distinta el cambio de vida que representa vivir dentro de un asilo de ancianos. La mayoría reportó que le gusta la institución y no puede ser de otra forma porque no hay escapatoria. Saben que pasarán el final de sus

días ahí y mejor ahí que en las calles o en algún lugar en el que llegue el momento que les sea imposible satisfacer sus necesidades básicas por sí mismos y no haya nadie para auxiliarlos.

Los nuevos residentes se encuentran frente a una serie de reglamentos a los que no estaban acostumbrados. Acatan los horarios de comidas, la restricción de espacios y las horas y días de baño. No tienen otro remedio pues ellos no tienen ningún control sobre estos aspectos y saben que si no los llevan a cabo pueden ser expulsados. El horario forma una rutina, la rutina estandariza el comportamiento volviendo al asilo más fácil de controlar y administrar, pues lo que está fuera de hora y orden sobresale, es lo que está mal y es más fácil de localizar y reformar.

Sin embargo, hay reglas que no se siguen, como los horarios de visitas, la introducción de alimentos y de visitas a sus cuartos. Estas infracciones las cometían bajo el amparo de las monjas quienes se habían vuelto sumamente indulgentes. Así que los internos y monjas consideraban que la comida y las visitas eran bienes que debían aprovecharse cada vez que se presentaba la oportunidad, siempre y cuando no fuera demasiado desproporcionado a lo que estipulan las reglas. Así que los residentes hacen lo que quieren hasta donde se los permite el reglamento y las autoridades. Rompen algunas normas a escondidas y se quejan y hablan mal de la gente a la que no pueden reclamarle a la cara, tal como menciona Scott (2000), esta es una forma de resistencia pasiva. La mayoría de los residentes sostienen que les gusta el lugar, que se sienten a gusto o por lo menos que están conformes a pesar de estar en desacuerdo con algunas reglas o servicios.

El cambio de convivencia y el abandono progresivo de la familia es otro tema. Cada quien encuentra una rutina diferente. Expresaron que no les gusta que los

días sean iguales, imposición necesaria de la administración a pesar de estar abierta a nuevos grupos de practicantes que aplican terapias y actividades que por lo general no duran más de tres meses. Pero los mismos residentes encuentran una rutina nueva y se refugian en ella para escapar de pensamientos depresivos. Este fragmento de entrevista, es buen ejemplo: “Gracias a la Divina Providencia, siempre me he podido adaptar a cualquier ambiente. A mi no me gusta complicarme la vida, la acepto como llega y no me pongo a pensar en otra cosa” (Isabel, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Isabel tenía una rutina. Por las mañanas se la pasaba rezando en la capilla, permanecía más tiempo cuando era miércoles y estaba en exposición el Santísimo. Leía alguna revista que tuviera, si la iban a visitar conversaba en su habitación o iba a una de las salas a conversar con otro de los residentes, y dormía el resto del tiempo, sin tomar en cuenta horas de comida y aseo personal. Otro residente habló de su propio proceso:

Cuando ya no venían a verme, me sentía muy mal, pero luego pensé que tenía que ocuparme de mí mismo y hacer algo para no estar pensando todo el tiempo en eso, así que me dediqué a armar rompecabezas y todos los días voy allá y con eso me entretengo y ya no estoy pensando en otra cosa. ¿Viste el que está en la entrada? Yo lo armé solo (Nacho, residente [FGP]. Apuntes de campo 2005).

Nacho se levanta, desayuna como todos y si no le toca baño, se va a la biblioteca a armar rompecabezas. Sale para comer y regresa, a veces le hace compañía una señora que también le gusta armar rompecabezas. Los martes y jueves se va a sentar en la sala a esperar el dinero y el dulce que le dan las “damas voluntarias” y regresa a la biblioteca. Algunas veces conversa con sus compañeros, pero la mayoría del tiempo se la dedica a los rompecabezas.

Sentido de vida

Viktor Frankl (1989) menciona en su estudio sobre la supervivencia en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial que los prisioneros que conseguían seguir viviendo a pesar de las terribles condiciones de vida era porque encontraban un sentido de vida, el cual propone se puede lograr a través de tres puntos: realizando una acción, teniendo algún principio o por medio del sufrimiento (Frankl 1989:109). El proceso de adaptación de los residentes entrevistados, debe estar íntimamente relacionado con el sentido de vida, puesto que si se tienen circunstancias adversas que obligan a la persona a un nuevo equilibrio, es porque se va a reafirmar o a reconfigurar lo que permite a la gente querer continuar con su existencia. En el caso de la mayoría de los residentes entrevistados del Gabriel Pastor, se pudo encontrar que éstos hallaron una nueva rutina, una que los mantuviera ocupados, es decir como propuso Frankl, a través de la realización de una acción. Esta rutina los mantendría lejos de pensamientos pesimistas sobre lo que no podían remediar. También influyó la aceptación de que no había otra salida, más que permanecer en la Fundación. La institución juega un papel importante, proveyendo reglas y sanciones que moldean lo que será la nueva vida. Pero a final de cuentas, son los residentes quienes escogen como serán los últimos años de su vida dentro las circunstancias con las que se enfrentan dentro de este lugar.